

consonni

# Montserrat Roig

## La hora violeta

PRÓLOGO

**Nerea Pérez de las Heras**

TRADUCCIÓN

**Gemma Deza Guil**

# La hora violeta

# **La hora violeta**

**Montserrat Roig**

Traducción de Gemma Deza Guil

**consonni**

## Prólogo

Nerea Pérez de las Heras

«La soledad, para un hombre, puede ser el primer escalón hacia el poder y hacia el arte. Para una mujer, es el vacío, la locura o el suicidio».

Este libro me ha hecho sentir enormemente incómoda, me ha enfadado —cosa nada fácil de conseguir en estos días—, me ha fastidiado de una manera muy refrescante y también productiva. Creo que ciertos malestares no se deben evitar porque pueden ser reveladores de verdades sobre una misma, sobre el contexto propio, sobre cuánto se parece a contextos anteriores, sobre conversaciones que llevan décadas en curso y no se acaban de resolver. Lo que escuece suele revelar infección. *La hora violeta* de Monserrat Roig despierta una exasperación antigua que quizá ni siquiera nos es ya propia a las lectoras actuales, sino heredada de nuestras madres o de nuestras abuelas y que está indiscutiblemente viva.

Monserrat Roig fue periodista, antifascista, militante feminista comprometida y pionera en la recuperación de la memoria histórica española cuando las heridas aún estaban frescas. Su voz en ciertos

pasajes se parece a la de toda una generación de mujeres feministas de los 60 y 70, que ahora se comunica muy a contrapelo, con una mezcla de orgullo y extrañeza, con las protagonistas de la reciente ola feminista. Esas brujas a las que sí quemó la dictadura, la desesperanza doméstica y laboral, el rápido desvanecimiento de los ideales revolucionarios, el desprecio de sus compañeros sentimentales y de militancia, pero que, chamuscadas y todo, lograron seguir viviendo y de alguna forma consiguieron criarnos. Puede que esa sea la fuente del enfado que me produce *La hora violeta*, que a veces se parece demasiado a una conversación con una madre irritante cuyo pasado no entiendes. Y no lo entiendes porque no habías leído a Monserrat Roig. Y no habías leído a Monserrat Roig porque había sido empujada a la tiniebla del olvido.

Por estilo, temática y personajes, *La hora violeta* se puede concebir como la tercera entrega de la Trilogía de Eixample formada por *Ramona, adiós* y *Tiempo de cerezas*, publicadas en 1972 y 1976 respectivamente. Las tres siguen los pasos de la familia Miralpeix a través de varios personajes y tiempos, siempre en una Barcelona abatida por la dictadura y con una estructura endiablada en la que conviven varios contextos y puntos de vista. El tiempo de la trilogía de Monserrat Roig es crucial: la primera novela se publica unos años antes de la muerte de Franco, la segunda, solo unos meses después, la tercera, la que tienes en tus manos, entrando en los ochenta. La de *La hora violeta* ya no es la desesperación urgente de la guerra, sino una más apagada, que tiene que ver con la desarticulación total o parcial de los ideales cuando se abre la posibilidad de llevarlos a la práctica, de insertarlos en el mundo.

Si la relevancia de los productos culturales no hubiera estado constantemente y en todas partes trucada por el machismo, la Trilogía de Eixample llevaría décadas leyéndose en los institutos. Pero como dice la escritora Lara Moreno en el prólogo de *Tiempo de cerezas*: «La capacidad de nuestro país para el olvido de lo importante

es inmensa y desoladora». Afortunadamente, consonni ha recuperado esta pieza fundamental de la genealogía feminista española, leyendo a Roig se abre una conversación intergeneracional incómoda pero necesaria, además de un deleite literario. La estructura de la novela es extraña, obliga a la lectora a estar muy atenta, hay cambios cronológicos y vaivenes de punto de vista, historias que se entrecruzan aceleradas. Entre todas conforman un catálogo de los diferentes tipos de ausencia que pueden atormentar a alguien: la del marido, la del amante, la de los hijos, la del instinto maternal, la de la única amiga con la que se pudo hablar, la de los compañeros de militancia y la de los ideales revolucionarios por los que se sacrificó la libertad y la vida. Debajo de todo está la guerra y la sensación de que los fantasmas de la guerra nunca se van: son mucho más resistentes, mucho más tenaces y están mucho más cargados de razones que otros fantasmas.

La novela comienza cuando Natalia le pide a su amiga Norma que escriba la historia de su madre, Judit, y su amiga Kati, pero antes de llegar a estas dos mujeres, son Norma y Natalia las que monologan. Y su tema favorito son los hombres y el feminismo, que les ha arrebatado la posibilidad de entregarse a ellos con la inocencia de otros tiempos: «Es como si el discurso que ha empezado entre las mujeres, primero como un grito adolescente de autoafirmación, como el graznido de un pájaro en primavera, y después como la agresiva reivindicación de la feminitud, representara la evidencia de la escisión entre ambos sexos. El abismo. Hasta ahora, la idea de la búsqueda del hombre nos había protegido. Y ahora tenemos que decir que ya no queremos al príncipe azul cuando nuestro subconsciente aún lo reclama».

Esta es la conversación espinosa que la generación de feministas de los 70 tuvo con mucho menos miedo que nosotras. En la primera parte de *La hora violeta*, las dos mujeres hablan de las concesiones de la heterosexualidad:

«Norma: Ya lo dice Doris Lessing, las mujeres somos o lesbianas, o unas amargadas o unas resentidas.

Natàlia: Creo que hay hombres que también son unos resentidos o unos amargados.

Norma: Pero es diferente. Las mujeres lo somos con relación al hombre. Ellos, al menos, pueden serlo con relación al mundo.

Natàlia: Pero es que ahora resulta que, con todo eso del feminismo, nosotras tenemos que hacer el papel de fuertes.

Norma: No sufras. Moriremos más enriquecidas.

Natàlia: No seas tonta.

Norma: Y en nuestro epitafio pondrán: aquí yace una resentida y una amargada que no se atrevió a ser lesbiana. Eso sí, ha muerto muy enriquecida (...).».

La ironía de Monserrat Roig es una cura para el adanismo contemporáneo: casi todas las discusiones que andamos teniendo con tanto furor, ya las tuvieron ellas. Sigue muy vigente la disyuntiva entre emancipación y soledad. Cómo conquistar una sin sufrir la otra. Porque la compañía de ellos era más valiosa, porque su aprobación era y sigue siendo un elixir venenoso pero irresistible para muchas, porque los compañeros de filas políticas querían ser atendidos como bebés y cambiaban a la mujer por una amante y a la amante por una amante más joven y así sucesivamente en una cadena de sustituciones que solo se interrumpía cuando un golpe de melancolía o una gripe les devolvía a los brazos de la esposa. En *La hora violeta* también se llora la ausencia de romance. O la imposibilidad del romance según los códigos de las protagonistas.

A medida que pasaba las páginas de *La hora violeta*, fui lentamente sacudiéndome el enfado. Cierro el libro agradecida por un ejercicio literario que te exige compromiso, que te recoloca en un lugar difícil y luego te reconforta en la conciencia de que antes que nosotras ya estuvieron todas esas mujeres militantes, aisladas, agotadas y chamuscadas, a las que nunca debimos dejar de leer.

Para Tertu Eskelinen, que me escuchó un atardecer  
de color violeta.

Para Juan Manuel Martín de Blas, que me dijo que  
había amaneceres del mismo color.

Y, como siempre, para Joaquim Sempere.



At the violet hour, when the eyes and back  
Turn upward from the desk, when the human engine waits  
Like a taxi throbbing waiting,  
I Tiresias, though blind, throbbing between two lives,  
Old man with wrinkled female breast, can see  
At the violet hour...

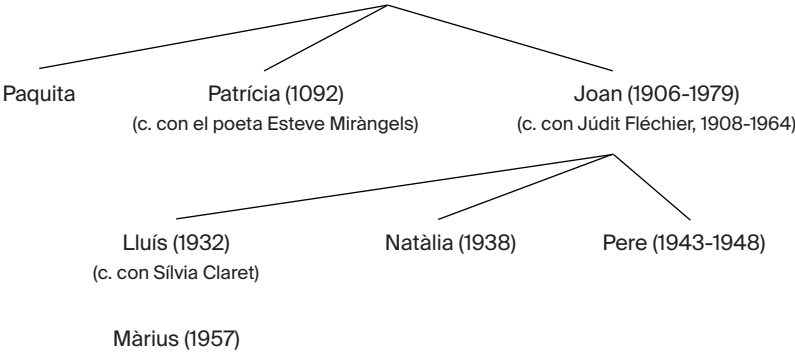
—T. S. Eliot, *The Waste Land*

En la hora violeta, cuando los ojos y la espalda  
se alzan del escritorio, cuando el motor humano  
aguarda como un taxi palpitando en la espera,  
yo, Tiresias, aunque ciego, palpitando entre dos vidas,  
viejo, con arrugados pechos de mujer, veo  
en la hora violeta...

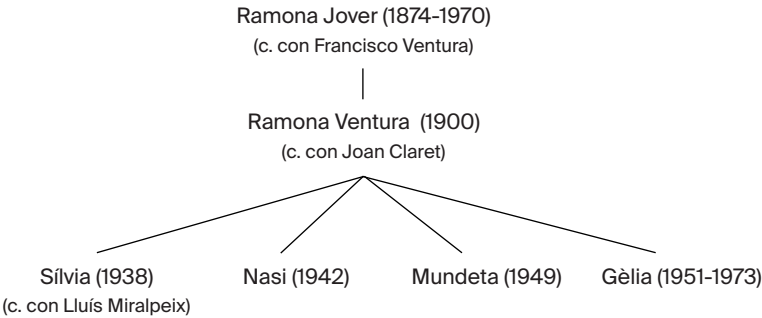
—T. S. Eliot, *La tierra baldía*  
(traducción de Juan Malpartida)

Algunos de los personajes de *La hora violeta* salen también en *Ramona, adiós* o en *Tiempo de cerezas*. Con el fin de ayudar al lector, he confeccionado el árbol genealógico de las dos familias protagonistas.

**LA FAMILIA MIRALPEIX**



**LA FAMILIA VENTURA CLARET**



## Primavera de 1979

Un día, mi amiga Natàlia me dio unas notas que había escrito sobre su tía, Patrícia Miralpeix, y también algunas cartas de Kati y el dietario de Judit Fléchier, su madre. No es que Judit hubiera escrito un diario en sí, más bien eran papeles sueltos a los que ponía fecha. Al morir el padre de Natàlia, Joan Miralpeix, su tía Patrícia los encontró y se los dio a su sobrina. El paquete no era muy grande, nada del otro mundo. Natàlia me envió el mamotreto y, al cabo de unos días, me telefoneó:

—Mi tía me ha dado todos esos papeles y me ha dicho que haga con ellos lo que quiera. He pensado que te podrían servir. Me gustaría que escribieras algo sobre mi madre y Kati. Tal como lo harías sobre ti y sobre mí.

Yo acababa de terminar un largo libro sobre los catalanes en los campos nazis y la verdad es que se me habían pasado las ganas de

hurgar en el pasado. La historia de la deportación me había dejado con mal cuerpo y escéptica. Y Natàlia quería que me metiera en el universo de dos mujeres a quienes no había conocido, aunque había escrito algo sobre ellas en las novelas anteriores. En un principio, el tema no me interesó demasiado. Durante una semana, tuve el papelorio sobre la mesa del despacho —hacía poco que Ferrán se había llevado sus carpetas y ahora disponía de más espacio—. No me atrevía a abrir el paquete. No me atraía la idea de escribir sobre dos mujeres burguesas que no habían tenido conciencia de su condición. Al final, me decidí a llamarla:

—Mira, no me apasiona la idea de volver a hablar de tu madre y Kati. Es agua pasada.

—Lo que tienes que hacer es leerlos —me dijo Natàlia—, no se trata de que escribas una biografía. A mí me ha servido de mucho.

Yo quería decirle que Kati y Judit eran personas, no personajes. ¿Por qué recordarlas ahora, cuando hay tantos reportajes por hacer? Para mí, Kati y su madre estaban muertas y enterradas. Me habría gustado decirle a Natàlia que hay días en que casi no me atrevo a bajar a la calle y ver los cuchitriles donde han metido a las porteras del Ensanche. Sin luz, sin aire. Que no soporto ver la piel grisácea y los ojos apagados de mi portera, una mujer que apenas pisa la calle, que vive como un topo, oliendo a gas todo el santo día, que huyo en cuanto empieza a contarme que en su pueblo de Castilla solo comían carne dos veces al año, para fiestas y el día que acababan de cosechar el trigo. Quería recordarle que nos habíamos prometido escribir un libro sobre las locas que se pudren en el manicomio de San Baudilio de Llobregat. Recordarle que teníamos pendiente un reportaje sobre Maria Felicitat, la niña a la que su madre mató a martillazos en un piso de veinticinco metros cuadrados.

Una persona tiene más de mil caras... Y puedes darte por satisfecha si consigues que en una novela salgan tres o cuatro. Aun así, le prometí a Natàlia que me lo leería. No esperó a mi respuesta y, al

día siguiente, la portera me dio una carta que le habían entregado en mano. No sé si fue la carta de Natàlia o los papeles de Judit y Kati, o quizá el vacío que me había dejado la separación de Ferran, pero lo cierto es que decidí escribir algo —no sabía qué— sobre Judit y Kati. Antes, permitidme que os transcriba la carta de Natàlia:

«Hace cinco años que volví a Barcelona y aún siento el cansancio del primer día, cuando fui a caer al piso de mi tía Patrícia y descubrí que el jardín del limonero ya no existía. Paseando por el patio, por encima de los tragaluces ribeteados de alquitrán, intenté reconstruir el jardín de mi infancia. Quería recordar el olor de las hojas del limonero. Quería evocar el chapoteo del agua que manaba de los amorcillos, el ruido de las pisadas sobre el empedrado...

»Tengo la impresión de que no somos capaces de valorar la realidad hasta que se convierte en un recuerdo. Como si así quisiéramos volver a vivir. Por eso creo que la literatura aún tiene sentido. La literatura no es historia. La literatura se inventa el pasado a partir de unos cuantos detalles que han sido reales, aunque sea en nuestra mente.

»He intentado ver otra vez el verde lustroso de las enredaderas, pero ha sido en vano. Los contornos de las hojas no eran precisos y no atinaba a apreciar el color exacto, sino un esbozo, una sombra. El recuerdo estaba formado por un conjunto de colores y olores que cobraban forma a mi antojo. Construía el recuerdo según mis sensaciones, creaba con él mi propio tiempo.

»Pero no es del limonero de lo que quería hablarte, ni del tacto venenoso de las hojas de adelfa, ni del olor del jardín de mi tía Patrícia.

»Hace cuatro años que fotografío lo que llamamos realidad. Tengo éxito, cosa que no me halaga demasiado, conozco la miseria del país. Los críticos dicen de mí que soy uno de los mejores retratistas. Lo dicen en masculino, porque si lo pusieran en femenino no sé con quién podrían compararme... Además, ¡me

hace gracia lo de ser el mejor en algo en un país tan pequeño como el nuestro! Durante un tiempo me lo he creído. Si despuntas un poco, hablan de ti... No es que conozcan tu obra, no. Te alimentan la vanidad y enseguida te crees que eres un pequeño genio. Pequeño, a la medida del país.

»Y, cuando un día te detienes, observas la obra hecha y comparas, te das cuenta de que eres una mediocridad ordenada en el país de los tenderos ordenados... Hoy mismo se lo comentaba a Jordi. Buscamos la realidad más cruda, le decía, no para aliviar el dolor, sino para poder retratarla y que nos admiren. Le he dicho que me apetece dejar la fotografía una temporada, que estoy un poco cansada de buscar siempre el instante fugaz de lo que pasa, de retratar la realidad precisa, externa. Como si mis ojos fueran una cámara enfocada siempre hacia fuera. Tengo ganas de explorar mi propia cadencia. Jordi me ha sonreído, ausente. Él también tiene sus neuras, que están a medio camino entre el experimentalismo y eso que llaman “escritor militante”. Es un hombre de letras, como tú, y parte de un lenguaje y una cultura concretos. Se ha bebido de un trago el vaso de leche y se ha ido. Tenía prisa, quería ver a Anna, una antigua compañera de la universidad. (Jordi siempre tiene prisa. Si tuviera que describirlo en una imagen, te diría que en cuanto le quiero hablar de algo, comentarle algo o, sencillamente, comunicarme con él, mete azorado los papeles en la cartera y me responde que no puede esperar, que tiene prisa. Veo a Jordi meter los papeles en la cartera con nerviosismo. Veo a Jordi, los papeles y la cartera, y oigo las palabras: ahora no puedo, ahora no puedo, ya hablaremos más tarde...). Hacía dos días que había quedado con Anna. Se ve que le había hecho mucha gracia encontrarse con la antigua “amante” de los líderes universitarios de los años sesenta. Con “peinado de peluquería”, como dice él.

»Ahora estoy sola y me enfrento al folio en blanco y el bolígrafo. Quizá hace unos meses no te habría pedido que escribieras algo sobre Judit y Kati, pero mi padre todavía no había muerto. Y no tenía

datos, me refiero a los datos del diario de mi madre y a las cartas de la familia. No te lo creerás, pero todo ese papelorio me ha llevado a pensar en mí misma. A mirar hacia dentro. (¿Has intentado alguna vez mirarte en el espejo sin analizar si estás guapa o aún eres joven? Quiero decir, ¿has intentado mirarte al espejo y ver solo tus ojos, tu mirada? Pruébalo: es difícil aguantarse a una misma, desnuda del todo, durante mucho tiempo...).

»¿Sabes?, sospecho que Jordi quiere volver con Agnès. Y nunca dirías cuál es la razón... Dicen que se ha enamorado de una chica mucho más joven que yo. Una muchacha que no debe de exigirle tanto y que le dará un amor compatible con el de Agnès. ¿A que es gracioso? No sé quién me decía ese día que, por muy generosos e inteligentes que sean los hombres, a la hora de sustituirte siempre buscan a la hembra, la belleza y la juventud. Supongo que debí de oír el comentario en el círculo de las feministas, que siempre esperan a ver qué pasa para codificarlo todo en hombre-malo y mujer-víctima. ¿O quizá fuiste tú quien me lo dijo? No te culpo. Yo te habría dicho lo mismo. Y lo pensé cuando Ferran tardó tanto tiempo en decirte que se había enamorado de una de esas gacelas (bueno, no es de eso de lo que quiero hablar, ahora no tiene demasiado interés).

»Jordi y tú tenéis las palabras para poder explicaros. Yo, los retratos, y durante un tiempo creí que, en cada fotografía, dejaba buena parte de mi persona. Ahora ya no lo sé. Para Jordi, la política es casi una necesidad física. Para mí, escribir podría ser el primer paso hacia la serenidad. Pero me temo que mentiría sobre Judit y Kati. Por la implicación personal. Y me molesta que mi madre fuera más Judit que madre mía. Lo he descubierto en esos papeles, seguramente ya te habrás dado cuenta. La verdad es que ya no sé qué es lo que me interesa más de cada una de ellas: si su personalidad o la relación que mantuvieron. Se hicieron mientras se amaron, de eso estoy segura. Y, cuando se rompió la relación por la muerte de Kati, Judit perdió un buen pedazo de ella misma.